

Hombre

*Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.*

*Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo
oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.*

*Alzo la mano, y tú me la cercenas.
Abro los ojos: me los sajas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.*

*Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser -y no ser- eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!*

Blas DE OTERO: Ángel fieramente humano (1950)

Organización de las ideas del texto

El presente texto, por la disposición de sus ideas, presenta la siguiente estructura:
Primera parte (primer cuarteto). Presentación de la situación del yo lírico en una búsqueda desesperada e infructuosa de Dios.
Segunda parte (segundo cuarteto y primer terceto). Diálogo frustrado con Dios y reproches por su ausencia.
Tercera parte (segundo terceto). Definición del ser humano sumido en una angustia existencial.

Resumen

El *yo lírico* trata desesperadamente de comunicarse con Dios, pero este permanece en silencio. Se dirige a él, le reclama y se queja del insoportable dolor que su ausencia le inflige. Acaba concluyendo que ese sufrimiento es la esencia del ser humano, condenado a debatirse entre su anhelo de eternidad y su condición de mortal.

Tema

- Queja por la ausencia de Dios y angustia existencial.
- Angustia existencial por la falta de un Dios compasivo.

Comentario crítico sobre el contenido del texto

El texto que comentamos es un poema de Blas de Otero, autor bilbaíno cuya evolución literaria es reflejo de las principales corrientes españolas de posguerra: la literatura existencial y la literatura social. Este soneto, perteneciente a su obra *Ángel fieramente humano*, publicado en 1950, es ejemplo paradigmático de lo que el propio autor denominó poesía desarraigada: una lírica de temática existencial que gira en torno al desconcierto del hombre en el mundo de las posguerras (la Civil y la 2ª Guerra Mundial), en que el poeta percibe un silencio de Dios ante el dolor humano y la inexorabilidad de la muerte frente a los deseos de trascendencia.

La presencia de Dios es una constante en la poesía de Blas de Otero, pero el tratamiento que el poeta le da evolucionó a lo largo de su obra. Así, si en *Cántico espiritual* (1942) este se entregaba confiado a un Dios protector, en *Ángel fieramente humano* la vivencia de Dios será una experiencia dolorosa. Además, en las primeras obras se puede hablar del protagonismo de Dios, pero, a partir de los años 50 será el hombre el centro del poema (no en vano, el texto que comentamos se titula precisamente *Hombre*). En las décadas siguientes, el poeta acabará ignorando a Dios y buscando refugio y consuelo entre los hombres.

En este poema la imposibilidad de comunicación con Dios le provoca un sufrimiento que se presenta como consecuencia directa de su condición humana. Se trata, pues, de un dolor que padece todo hombre sólo por el hecho de serlo. Este sufrimiento es, ante todo, angustia existencial. Si nos fijamos en el primer verso, el poeta se nos presenta *luchando con la muerte* y *luchando cuerpo a cuerpo*, de igual a igual. Son frecuentes, en la producción poética de Blas de Otero las referencias a esta dualidad del ser, que se reconoce como medio ángel / medio hombre, simbolizando el conflicto tradicional alma / cuerpo: el saberse finito pero anhelar la infinitud. Aquí el poeta lucha contra su condición de mortal, contra el concepto de la muerte y busca en Dios las respuestas que no encuentra solo. Ante el silencio de su interlocutor, el poeta va más allá, invocándolo directamente, dirigiéndose a él, reclamándole a su lado noche tras noche; pero Dios sigue ausente. La angustia del hombre va creciendo y su dolor, a medida que avanza el sexto verso, se hace cada vez más físico. Dios se convierte, de este modo, en un torturador del ser humano, pues su ausencia mutila al poeta, lo castra, le corta las alas de ángel y le condena a sufrir en soledad su dura condición de mortal. El desgarramiento físico ya se anuncia al final de la segunda estrofa con el uso tan expresivo del verbo *arañar* y culmina en los versos paralelísticos de la tercera estrofa, en la que todos los intentos físicos del poeta para llegar a Dios se ven atajados por este con una crueldad brutal, expresada por medio de imágenes antitéticas:

Alzo la mano / y tú me la cercenas.

Abro los ojos: / me los sajas vivos.

Sed tengo, / y sal se vuelven tus arenas.

La eficacia expresiva del poema es incuestionable y Blas de Otero demuestra una gran habilidad para llevar a su terreno la forma clásica del soneto, que se adapta perfectamente a sus propósitos y a la temática existencial. El contraste rítmico entre los cuartetos y los tercetos es muy acusado: en los cuartetos observamos cómo los encabalgamientos abruptos y las pausas versales están en consonancia con el estado angustiado; mientras que en los tercetos, cada frase coincide exactamente con un verso: el poeta ha pasado de un estado de confusión a la evidencia de que Dios le ha abandonado condenándole a sufrir a solas su angustia existencial. Y de ahí la definición con la que concluye (muy acorde con las ideas de otros coetáneos, como Miguel de Unamuno): *Esto es ser hombre: / horror a manos llenas*. El ser humano está dotado para pensar y desear la vida eterna, pero su condición de ser mortal le impide gozar de

ella. La imagen del ángel (ser espiritual) se ve mutilada por las *cadena*s que forman sus alas (ángel sí, pero un ángel atado al suelo, a su condición terrenal).

Veo que todo el poema está compuesto por una serie de contrastes que enfatizan el sufrimiento del hombre: el que se establece entre los pronombres personales *yo* (el poeta) y *tú* (Dios), el que enfrenta al hombre a su doble condición de ser mortal y espiritual (*eterno-fugitivo; ángel-hombre*), o el que se da entre la voz desgarrada del poeta y el silencio divino, que se convierte en paradoja, pues el silencio de Dios es tan intenso que *retumba* y *ahoga* la voz humana. En paradoja se convierte, asimismo, el clásico dilema del monólogo de Hamlet: la duda de este (*ser o no ser*) se transforma en la versión de Blas de Otero en paradoja (*ser y no ser*), aludiendo a la condición trágicamente dual del ser humano.

El tema del poema, como vemos, es uno de los temas clásicos de la literatura universal en todos los géneros, aunque quizás sea en el género lírico donde su tratamiento ha alcanzado sus cotas más altas. Asimismo, es señalable el hecho de que en los períodos posbélicos los temas existenciales sufren una mayor afluencia. La existencia de guerras, de hambre y de dolor hace que el ser humano se cuestione tanto el valor de su propia existencia como la existencia de Dios, al que -como hemos visto en el poema comentado- se le reprocha su ausencia en los momentos en que más se le necesita. La literatura existencial de la inmediata posguerra española -y la poesía de Blas de Otero, uno de sus mejores representantes- es buen ejemplo de este hecho.

En lo que a mí respecta, no comparto una visión tan negativa de la existencia ni creo en ese alejamiento de Dios que plantea Blas de Otero. Creo en un Dios cercano que siempre está esperando a que los seres humanos, como en la parábola de hijo pródigo, volvamos a Él para salir a nuestro encuentro y abrazarnos.